

XXVIII Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

Gratuidad y salvación

El relato evangélico del milagro acontecido en el encuentro de Jesús con los leprosos revela aspectos esenciales de la fe que verdaderamente lleva a la experiencia de la salvación; el más sobresaliente es la gratuidad, como experiencia de gratitud y de agradecimiento en la vida humana. La fe se presenta aquí como encuentro personal y confiado con Jesús que transforma y libera a la persona humana. Pero la salvación sólo se produce cuando desde la fe se reconoce el verdadero origen de la liberación y se agradece a Dios dicha intervención histórica.

En el camino a Jerusalén, destino de la vida de Jesús, en la frontera de Samaría y Galilea, diez leprosos reclaman la atención y compasión de Jesús. Además de la enfermedad física relativa a cualquier afección cutánea, denominada generalmente lepra, aquellos hombres padecían la enfermedad aún peor de la marginación y de la exclusión social y religiosa. Sólo a distancia pueden dirigirse a Jesús, el cual los envía a los sacerdotes, como instancia religiosa y pública que puede rehabilitarlos como personas dignas de la convivencia. Lucas da a entender que Jesús es portador de una palabra curativa de todo mal y liberadora de la marginación.

La fe es, pues, en primer lugar, encuentro con Jesús desde la fragilidad humana. Es un encuentro confiado que orienta a las personas a actuar según la palabra de Jesús. Y cuando esto se lleva a cabo se empieza a experimentar la maravilla de la transformación de la persona en virtud de aquel encuentro confiado. Esto es lo que le ocurre a los diez hombres leprosos que se encuentran con Jesús según narra exclusivamente el evangelio de Lucas (Lc 17, 11-19). Todos ellos experimentaron la intervención primera y curativa de Jesús a través de su palabra.

Sin embargo, no todos ellos percibieron su sentido más profundo. A ello dedica Lucas la segunda parte del relato, en la que se narra cómo uno de los leprosos, un samaritano para más inri, es decir, un extranjero, se vuelve para dar gracias a Jesús y a Dios por lo acontecido. De este modo, un forastero se presenta como modelo de fe frente a los judíos. La fe auténtica, la que lleva a la experiencia de la salvación, requiere, en segundo lugar, el reconocimiento personal e ineludible del origen de la curación de la enfermedad y de la palabra liberadora y rehabilitadora de la vida que se hace visible y público en la acción de gracias. Sin esta última dimensión no hay una experiencia de salvación. La experiencia de fe se manifiesta de forma gozosa en el agradecimiento a Dios. Por eso la gratuidad, que expresa el sentimiento personal de gratitud y lo celebra en la acción de gracias a Dios, es la nota sobresaliente de la fe plena.

Este milagro de encuentro con Jesús revela la insuficiencia de una fe meramente interesada o de una fe reducida a la contemplación de milagros. Reconocer el don de la intervención de Dios en nuestra vida lleva a la gratitud por el don de la salvación. Quien no da gracias nunca, aunque haya sido curado, no experimenta la alegría de la salvación. Hacer memoria de Jesús y darle gracias por su palabra, por su fidelidad y por salir a nuestro encuentro es necesario para gozar y disfrutar la

alegría de los redimidos. La Eucaristía, memorial de Cristo muerto y resucitado, es el momento privilegiado de la acción de gracias entre cristianos.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura